

## **Vivir luchando, un camino difícil pero posible**

Son las diez y media de la mañana de un miércoles y en un aula de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Valencia, Leonora Castaño y Alba Teresa Higuera Buitrago dan una conferencia sobre la situación de las mujeres colombianas exiliadas en España a los alumnos de la asignatura de Igualdad de Género y No Discriminación, materia del primer curso del Grado en Trabajo Social que imparte Elena Mut, colaboradora de Atelier ONGD. Una treintena de estudiantes jóvenes, recién llegados a la universidad, y mayoritariamente mujeres, son su público.

Con la ayuda de una pizarra y apelando a los alumnos en numerosas ocasiones, Alba Teresa va desgranando el significado del término refugiadas políticas. Escribe con tiza “inmigración”, “emigración”, “Derechos Humanos” y “exigibilidad”. La emigración puede ser un acto voluntario, pero en su caso fue un acto completamente involuntario, obligado por las persecuciones y las amenazas que sufrían por el gobierno y los paramilitares colombianos.

- “El gobierno colombiano busca aniquilarnos, igual que a las cucarachas, y si no hubiésemos salido del país, estaríamos muertas. Ella -dice Alba refiriéndose a Leonora- yo y nuestras familias”.

La desinformación que se tiene sobre los paramilitares es grande, porque los medios de comunicación hacen continuas referencias a la violencia ejercida por la guerrilla de las FARC y silencian los actos de los paramilitares. En los años setenta, eran los propios militares y las fuerzas del orden público los que mataban a la población civil, pero en los ochenta la comunidad internacional se empezó a preguntar qué pasaba en Colombia, y formaron los grupos paramilitares para esconder la situación. Una parte del ejército se ilegalizó y, con los recursos de los terratenientes y los narcotraficantes, en connivencia con el gobierno, los militares y la sección ultraderechista del país, se crearon los grupos paramilitares. No son acusaciones sin fundamento hacia el gobierno colombiano, existen documentos de la ONU que demuestran esta connivencia, e incluso parlamentarios han sido destituidos por esto. Así, el propio gobierno colombiano, por medio de los paramilitares, es el que persigue a aquellos que se atreven a luchar por los Derechos Humanos.

La teorización de los Derechos Humanos de la ONU los define como indivisibles, universales y fundamentales para todos los seres humanos. Sin embargo, la realidad es bien distinta: en

muchos países se vulneran sistemáticamente. Si el gobierno es el encargado de asegurar los Derechos Humanos de la población, y en Colombia, él mismo está cometiendo graves crímenes contra la Humanidad, podemos hacernos una idea de hasta qué punto los colombianos tienen sus derechos garantizados.

En Colombia no se cumplen ni los Derechos Civiles y Políticos, ni los Económicos, Sociales y Culturales, ni los de Medio Ambiente, ni los de los Pueblos. A raíz de aquí, nace el duro camino que Leonora y Alba Teresa se atrevieron a tomar, el de la lucha continua por hacer realidad los Derechos Humanos universales.

- Yo no puedo como persona ver que la gente se muere de hambre en la calle. No puedo ver que mientras la sanidad se privatiza, la gente se muere a la puerta de los hospitales. Y cuando vemos que no podemos permitir esto, decidimos empezar a trabajar, a organizar.

Leonora organizó en Colombia la Asociación Nacional de Mujeres Campesinas, Indígenas y Negras (ANMUCIC), que aglutinaba a más de 70.000 mujeres, para defender el derecho a la tierra, buscar la igualdad, el respeto de los Derechos Humanos y la redistribución de la riqueza. Actualmente, la organización continúa su trabajo a pesar de que la violenta represión haya disminuido el número de afiliadas. Es importante crear conciencia sobre esto, saber que los derechos no se nos han dado de primeras, que son el resultado de la lucha de personas como Alba Teresa y Leonora. Sólo si somos conscientes de que nuestros derechos no tienen garantías, podremos ganar una verdadera visión crítica.

- Hablar de Colombia en los años setenta es hablar de España. Cuando pensamos en un país lejano, deberíamos pensar si esto también se está cumpliendo en el nuestro.

España era un país en el que los ciudadanos, generalmente, gozaban de los Derechos Humanos. Pero ahora, las políticas del gobierno de Mariano Rajoy amenazan los derechos que habíamos entendido como básicos. Las becas, la sanidad pública, el empleo, la libertad de expresión... todo está en peligro. La diferencia es que en Colombia el mecanismo de represión es la violencia, y aquí es la multa.

- Cuando decíamos que la gente moría en los hospitales, la gente en España se asombraba, pero ahora esto está pasando aquí. ¿Nos vamos a tapar los ojos, sólo estudiando, o vamos a luchar por nuestros Derechos Humanos?

Leonora y Alba Teresa salieron de Colombia por medio de Amnistía Internacional, gracias a un pacto por el que se permite la entrada a la gente amenazada. Pasada más de una década, aún recuerdan con amargura el gran impacto social que supuso dejar toda su vida allí, tanto a nivel personal como laboral. Sus títulos y su trabajo en Colombia no fueron avalados en España, y durante este tiempo han tenido que trabajar en oficios para los que están sobre cualificadas. Sin embargo, a pesar de todas las dificultades que se les han presentado, siguen manteniendo las ganas y la esperanza.

- Hemos optado por aguantar con lo mínimo, pero seguir defendiendo. Son opciones de vida difíciles pero posibles. Y aunque la intención sea destruirnos, seguimos aquí en la lucha. Porque una parte nuestra está convencida de que hay que luchar contra las desigualdades, sobre todo las de género.

Otras han corrido peor suerte que ellas. Muchas de sus compañeras han sido asesinadas por los paramilitares en sus oficinas de trabajo. Los paramilitares siguen sus pasos, saben donde viven, donde trabajan, les pinchan los teléfonos. Mientras ellas buscan siempre mecanismos para salvaguardar sus vidas, como las ventanas blindadas y los chalecos antibalas. En esta seguridad, una figura muy importante son los brigadistas internacionales de paz, que ellas llaman *escudos humanos*. Viven con las personas amenazadas, son los que les intentarán salvar si un asesino intenta dispararles. Pero no son sólo una protección física, también suponen una barrera diplomática, ya que si matan a una persona extranjera pueden provocar un conflicto internacional y sería más difícil la impunidad del crimen.

El otro bastión de la violencia en Colombia son las guerrillas de las FARC. Nacidas a partir de la idea de la revolución latinoamericana que impulsó el Ché Guevara antes de su muerte, en los años sesenta se toman las armas para acabar con una desigualdad que era insostenible. Pero si los paramilitares han cometido crímenes contra la Humanidad, las FARC también han violado el derecho internacional humanitario al involucrar y asesinar a la población civil. Tras más de cinco décadas de lucha, el pasado año empezó un proceso de paz entre el gobierno y las FARC sin que en Colombia haya cambiado la estructura socio-económica desigual.

Los puntos que las FARC y el gobierno han acordado tratar para llegar al fin del conflicto armado son: una política de desarrollo agrario, la participación política de las guerrillas, la lucha contra el narcotráfico y los procesos de reparación a las víctimas. En este proceso falta una voz femenina, y desde ANMUCIC y el resto de organizaciones de mujeres colombianas, se reclama la participación, sobre todo en el punto de la agenda que trata la reparación de las víctimas.

Porque ellas, ellas con mayúsculas, que aún guardan la esperanza a pesar de las adversidades, también tienen sus expectativas. Los tratados de paz de Guatemala y El Salvador no incluyen el reconocimiento y reparación a las víctimas de la feminización de la violencia, y esto es algo que las mujeres colombianas no están dispuestas a aceptar. Para formalizar todas sus propuestas, la parlamentaria andina Gloria Flores hizo llegar al gobierno un manifiesto que se basaba en la petición de verdad, justicia y reparación con garantías.

- No creemos que una paz pueda construirse sobre mentiras, porque en algún momento la verdad saldría a la luz y desestabilizaría todo lo construido.

El Manifiesto guarda puntos tan importantes como la “recuperación de la memoria”. Este ejercicio implica un acto cualitativo y de visualización de lo ocurrido para conseguir conciencia crítica. Es importante recuperar los errores para no volverlos a repetir. Otro punto es el de “conocer la identidad de los atacadores”, para que los paramilitares no pasen por el mundo sin que se sepa que han cometido crímenes atroces contra la Humanidad. También se solicita una “reparación integral” que les devuelva a las víctimas la integralidad de lo que son como seres humanos.

- Estamos compuestos por muchos círculos sociales, y a nosotras nos lo han destruido todo. No sólo queremos indemnización económica, también exigimos que se retome nuestro trabajo que quedó allí.

Y el punto más complicado y más emotivo: “queremos retornar”. Ellas quieren volver a su país, aunque muchas tengan que dejar aquí a los hijos que se han criado en España y no quieren volver a Colombia. A pesar de todas las cosas negativas que ha conllevado la lucha por su país, es *su* país, *su* tierra. Pero por supuesto, quieren retornar con garantías, sin amenazas.

- El Gobierno no nos va a perdonar que sigamos luchando. Creemos que es posible un proceso de retorno, pero tiene que estar avalado por instituciones internacionales.

Porque estas mujeres, de las que Leo y Alba son sólo una parte, han seguido luchando allí donde han ido. En España, las refugiadas colombianas residen en la Comunidad Valenciana, en el País Vasco, en Madrid, en Cataluña y en Castilla-La Mancha, y han seguido organizadas desde aquí mediante conversaciones por Skype, por teléfono, y algunas personales cuando la economía se lo ha permitido. Han seguido trabajando por los Derechos Humanos reunidas en la Mesa de Apoyo a la Defensa de los Derechos Humanos de las Mujeres y la Paz en Colombia, y formando parte de movimientos que afectan a la sociedad española como la Plataforma de Afectados por la Hipoteca y el movimiento del 15-M. Porque a ellas les mueve una fuerza que no entiende de fronteras, que es universal.

- En cualquier lugar del mundo, siempre que sintamos el dolor del otro, siempre habrá algo que hacer.

Cuando son casi las doce y media de la mañana, Alba Teresa y Leonora ya han dado este esbozo de lo que ha sido su lucha a los alumnos de Trabajo Social, y darán paso a un turno de preguntas. Lo último que hacen es insistir en una idea que ha estado presente durante toda la charla: la lucha es común, todos somos capaces de pertenecer a ella. En su proyecto, que aúna fines medioambientales, económicos, políticos y sociales todos podemos incluirnos y acompañarlas en cualquier fase del proceso.